

**a
r
t
í
c
u
l
o
s**

Las muertas: Acatamiento y ruptura del orden simbólico en *Recuerdos de mi vida*, de Martina Barros*

Dead Women: Compliance and Rupture of the Symbolic Order in "Recuerdos de mi vida" by Martina Barros

Lorena Amaro Castro

Instituto de Estética, Pontificia Universidad Católica de Chile
lamaro@uc.cl

Hasta hoy leído principalmente como fuente de información histórica, el relato *Recuerdos de mi vida* (1945), de Martina Barros, presenta, como otros textos escritos por mujeres de su tiempo, un doble discurso, factible de ser leído actualmente desde el eje de su orientación feminista. Si bien ella procura inscribir su texto en una precaria tradición de memorias republicanas, su relato sobre el incendio de la Compañía de Jesús (1863), en que murieron cerca de dos mil personas, la mayoría mujeres, revela no solo un trauma personal, sino también las difíciles condiciones históricas de la mujer en el tramado identitario de nación y modernización.

Palabras clave: Autobiografía, Feminismo, Canon, Autoría, Doble voz.

Until today, *Recuerdos de mi vida* (1945), by Martina Barros, has been read mainly as a source of historical information. As other texts written by women of the same period, it displays a double discourse which at present may be read from a feminist perspective. Although she attempts to include her narrative within a precarious tradition of republican memoirs, her story on the fire of the *Compañía de Jesús* in 1863 (where nearly two thousand people, mostly women, died) reveals not only a personal trauma, but also the difficult condition of women within the identitarian fabric of both nation and modernization.

Keywords: Autobiography, Feminism, Canon, Authorship, Double-voiced discourse.

Recibido: 26 de marzo de 2011

Aprobado: 25 de abril de 2011

* Este artículo tiene su origen en el proyecto "Textos autobiográficos en el campo literario chileno (1891-1925): Construcciones identitarias y voces alternas", financiado primero por la Vicerrectoría Académica de Investigación y Doctorado de la Pontificia Universidad Católica de Chile, a través de sus concursos VRAID Inicio y VRAID Límite (2007-2008) y luego por FONDECYT Iniciación, proyecto N° 11080008 (2008-2010).

Las letras...

Una de las discusiones más recurrentes en los congresos y actividades a los que he asistido en el último tiempo vinculados con la reflexión en torno al Bicentenario, dice relación con la necesidad de considerar los vacíos y desapariciones en la construcción del canon literario nacional, operación ideológica que, ciertamente, dejó el nombre de Martina Barros (1850-1944), autora de *Recuerdos de mi vida* (1945), en una zona de nadie: ni literaria, de acuerdo con las concepciones canónicas que incluso hoy gobiernan el quehacer académico en algunas instituciones, ni histórica, al tratarse sus memorias, como la misma autora indica en la introducción, solo de "sus propias impresiones" (10). Aunque varias de las revisiones feministas de los últimos años, entre ellas la que efectuó Julieta Kirkwood en los 80¹, reconocen su importancia en el impulso de un discurso feminista a partir de su trabajo como traductora y prologadora del texto de John Stuart Mill *The Subjection of Woman*, y que su autobiografía reviste un interés textual indiscutible (más allá de su atractivo como fuente histórica), difícilmente se halla su nombre en los listados de autoras *fin-de-siècle* y menos aún se ha problematizado su aporte desde una perspectiva simbólica y literaria, como ocurre con los textos de muchas intelectuales que, desmarcadas de filiaciones culturales precisas (lejos del jolgorio de los grupos, movimientos y generaciones de la antigua historiografía), resultan invisibles en las inscripciones críticas, escritas con las palabras sucesión, paternidad, jerarquía.

Indicativo del desconocimiento que hay sobre Barros, es que su propia nieta, en una semblanza del marido de Martina, Augusto Orrego Luco, publicada en la edición de 1976 de sus *Recuerdos de la Escuela* (1922), tenga palabras precisas y elogiosas para el abuelo, en tanto para la abuela, un recuerdo inexacto de su labor como traductora de un escandaloso texto "francés"². Elocuencia de las falsas referencias, que se suman al tramado de las falsas atribuciones, en este caso operadas por la propia Barros, cuando en sus *Recuerdos* sugiere que su prólogo al libro de Mill fue escrito en realidad por Augusto Orrego: "La traducción apareció precedida de un prólogo que lleva mi firma y expresa mis ideas en esos días, pero la redacción fue casi exclusivamente de Augusto" (Orrego 126-27), aseveración que, en palabras de Alejandra Castillo, "no hace más que actualizar la atávica figura de la mujer como portadora de la huella masculina" (25) y que, a mi juicio, contribuye a ahondar el vacío en que se encuentra la producción de Barros hoy.

¹ Alejandra Castillo esboza a pie de página un recuento de textos y documentos –el primero fechado en 1917– en que se reconoce la importancia de Barros como precursora del feminismo en Chile. Menciona textos de Paz Covarrubias, Kirkwood, Mariana Aylwin y Edda Gaviola (Castillo 8). De acuerdo con esta autora, el trabajo de Barros constituye un "hito de constitución del feminismo chileno" (Castillo 23).

² Me refiero a Amelia Orrego Cifuentes, quien caracteriza al abuelo como una persona incomprendida en su tiempo. Reproduzco un pasaje en que alude a ello y, acto seguido, como sumando el tema a la extravagancia de Orrego, se refiere a Martina: "Con todo, en Santiago todavía persisten algunos en declararlo loco. // Una faceta interesante es la relacionada con su mujer. Se casó él con doña Martina Barros Borgoño, persona extraordinaria que revolucionó el ambiente social de su época. Fue educada por Diego Barros Arana, tradujo un libro del francés que causó escándalo y escribió artículos en torno a la emancipación de la mujer". (Orrego Luco xxi).

Superar este vacío es la tarea que se han propuesto los escasos estudios que abordan sus textos³.

Como miembro de la oligarquía chilena, en un período en que la mujer tenía como meta el matrimonio y la consolidación familiar, Martina Barros, esposa de un conocido médico, Augusto Orrego Luco, y nieta de un no menos famoso historiador, Diego Barros Arana, ocupa un curioso lugar. Su vocación intelectual –cuando aún se diferenciaba la instrucción (escolar) de la educación (moral), para las señoritas, como se queja amargamente la autora⁴– resulta especialmente voluntariosa. Hacia 1907, fecha en que escribió su introducción a *Recuerdos...*, ya se habían dado “pasos definitivos en el proceso de secularización de las instituciones en un ámbito cultural donde un mercado incipiente se expande por circuitos diversos” (Zanetti 74), proceso que habría marcado el relato de su propio proceso educativo, acontecido cuarenta años antes y muy excluyente para la mujer, por lo que Barros alienta, en su texto, “la composición de una lectora moderna en el interior de prestigiosas élites masculinas, atenta por supuesto, como sucede siempre en tales textos, a los resguardos de la conveniencia y al control de la confidencia...” (Zanetti *ibíd.*). De este modo, en su autobiografía Barros refleja las inquietudes que ya despuntaban en el prólogo al texto de Mill, en que demanda los derechos sociales, no políticos, de la mujer, particularmente en lo que respecta a una educación no diferenciada⁵. Su propia formación ha sido un poco azarosa, debida en gran parte a su acceso “por las relaciones de amistad y de familia” a las tertulias políticas y literarias donde participaban exclusivamente varones, como la de su tío Diego Barros, o la de Alberto Blest Gana (Barros 168). Por otra parte, ya casada, dirigió una tertulia literaria en su casa, diferenciada de la tertulia política de su marido, pero no por ello, como ella misma deja entrever, “apolítica” o abstraída de las cuestiones públicas. No resulta extraño, pues, que en sus últimos años intentara proyectar su experiencia sobre un fondo histórico, teñido de observaciones sobre los procesos modernizadores de los que fue testigo parcial. Sin embargo, su posición, desde el punto de vista intelectual, era difícil: privada de discurso y también de participación política efectiva, no le quedaba más que encubrir las razones de su interés por la escritura, su anhelo por recordar. Escribir autobiográficamente constituía una osadía, la que justifica como sigue en su introducción a *Recuerdos de mi vida*:

³ Me refiero principalmente al aporte de Alejandra Castillo, quien el 2009 reeditó el texto de Barros sobre Mill y, también, a las observaciones breves pero agudas que realiza Susana Zanetti en su ensayo *La dorada garra de la lectura*.

⁴ A los seis años ingresó en la escuela de Miss Whitelock, donde, como ella misma refiere, aprendió el inglés y les daban lecciones de baile, dibujo, ajedrez, bordado y zurcido. En este colegio le enseñan también “a pensar”; aunque la “instrucción no estaba a la altura de la educación” (Orrego 58).

⁵ Estas ideas las compartió con un grupo de jóvenes liberales, entre ellos Augusto Orrego, Fanor Velasco, Juan Enrique Lagarrigue, Manuel Antonio Matta, Guillermo Matta, Justo Arteaga, Domingo Arteaga y Domingo Matte (Castillo 23), quienes en 1872 crearon la revista *Santiago*, donde fue publicada su traducción de Stuart Mill. En otros trabajos de ellos es posible también rastrear huellas del pensamiento milliano, tenso, como señala Alejandra Castillo, entre una concepción política liberal y una expresión genuinamente republicana, de corte igualitarista.

[m]ucho he trepidado antes de resolverme a realizar este deseo tan largo tiempo acariciado. Me parecía vanidoso suponer que en mi vida hubiese algo que mereciera recordarse; pero me daba a mí misma como excusa que bien valía la pena narrar las transformaciones que he presenciado en la sociedad, y recordar las personas ilustres que me ha tocado en suerte conocer [...] esto lo combatía en seguida con la reflexión de que cualquier escritor que hiciese la historia de nuestra época tendría que narrar todo eso con más interés que yo, que solo puedo limitarme a reproducir mis propias impresiones. (Barros 9)

La autocensura, desplegada estratégicamente en las primeras páginas de un texto como el de Barros, es usual entre los autobiógrafos y memorialistas de fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX en Chile, confabulando para ello, a mi juicio, no sólo el temor al descrédito, sino también un rasgo muy particular de la clase dirigente de este país: un fuerte sentido del decoro y la apariencia, la cultura del "buen tono" y la declarada austeridad que le serán características⁶. En el caso de *Recuerdos de mi vida*, el problema no es solo que su autora sea mujer, sino que el libro aborde la vida privada de tal mujer, cuando hablar "de ciertas cosas" era claramente una "salida de tono" fatal.

La incursión de Barros resulta, por otra parte, bastante paradójica, ya que sin ostentar autoridad alguna, desde la perspectiva social que la limita tanto a ella como a otras autobiógrafas del período, intenta hacer notar su voz ni más ni menos que en el género supuestamente más autoritario de todos, al mismo tiempo que disfraza su atrevimiento con una sumatoria de fragilidades y cuestionamientos textuales de su propia potencialidad intelectual. ¿Quién es ella, mujer sin obras, para escribir un relato autobiográfico? El crítico argentino José Amícola se refiere a este problema, señalando que la posición subordinada de la mujer le impide afirmarse "en el seno de una sociedad determinada del modo en que lo ha podido hacer el varón como derecho propio" (Amícola 59), por lo que una estrategia recurrente, ya apuntada más arriba, es vicarizar la escritura: interponer un encargo que la justifique (o, más bien, la autorice) o simular contar la vida de otro (el padre, el esposo o el hermano)⁷. En esta línea, Barros plantea su texto como posible anotación biográfica:

⁶ "...el buen tono sitúa a sus cultores en una suerte de Olimpo donde hacer es sinónimo de estar, donde en lugar de producir cabe representar, donde lo material se trastoca en imágenes de belleza, de alegría de vivir, de elegancia". (Barros y Vergara 65). Los primeros críticos literarios chilenos, como el conservador Pedro Nolasco Cruz, también la valoran y demandan; así se expresa, por ejemplo, de *Recuerdos del pasado*, de Vicente Pérez Rosales, entre cuyos aspectos más destacables se encuentra el no hablar de sí mismo "en primera línea" (Cruz 65).

⁷ Esto ocurre no solo en Barros, sino también en textos de otras autoras chilenas, como María Flora Yáñez, Violeta Quevedo o, más cerca de nosotros, la propia Violeta Parra, cuando en sus *Décimas* es su hermano Nicanor quien le solicita que cante su vida "a lo poeta".

[h]e tenido la rara suerte de ver realizado uno de los grandes anhelos de mi niñez: el de unir mi suerte a la de un hombre de talento, que fue luchador infatigable que se formó en la vida modesta u desconocida del trabajo y del estudio. Yo debo a mis hijos la historia de esa lucha diaria, de esos triunfos silenciosos o de esos desalientos sombríos. Eso no puede contarlo nadie más que yo que he vivido a su lado compartiendo su existencia en aquellos años de ruda labor, de esperanzas y de ensueños. (Barros 10)

Ella escribía estas palabras en 1907; quince años más tarde, el propio Augusto Orrego publicaba sus *Recuerdos de la Escuela*. Él en persona refería sus experiencias en la Escuela de Medicina. Las memorias de ella deberían aguardar mucho más tiempo para ver la luz; de hecho, son publicadas un año después de su muerte, en 1945. Por cierto, la idea de escribir la biografía del esposo, tan claramente esbozada en este texto introductorio, se desperfila a lo largo de su narración, la que permite entrever, por cierto, el interesante *modus operandi* de este matrimonio. Barros, aunque no tenía derechos políticos, trabajaba como amanuense del marido desde que éste fue elegido diputado de la República. Cito:

[e]sta entrada de Augusto en la política tuvo también otra consecuencia feliz: la de estrechar más la intimidad de nuestra vida conyugal, pues le serví de secretaria para escribir sus editoriales y sus discursos en la Cámara, lo que me obligaba a mí a leer todos los diarios políticos de la mañana, mientras él salía a llenar sus deberes profesionales, y así poder darle cuenta, a su regreso, de lo que en ellos se trataba, que pudiera interesarle. Eso me aficionó a la política que llegó a apasionarme, y aprendí a escribir lo poco que sé, siguiendo su dictado, que era tan rápido por la facilidad extraordinaria que tenía para redactar, que apenas lo alcanzaba, siendo que yo escribía con mucha rapidez. (Barros 198)

Aquí hay un perceptible doble discurso, ya que, literalmente, Barros una vez más se sitúa como discípula y le confiere a él el don de la redacción... pero también, a la vez, es ella quien está informada, quien lee las noticias y lo pone al día, para que él pueda redactar. Queda sugerido nuevamente el ensamblaje del prólogo a Stuart Mill: él escribe, las ideas son de ella. Y sus *Recuerdos*, aunque declaradamente biográficos, son autobiográficos, como también lo plantea en la introducción de 1907: "Cuando llega para nosotras la tarde de la vida todo nos invita a la reflexión y al reposo. Una vez concluida la tarea nos inclinamos a examinar nuestra obra" (Barros 10-1). El presente se revela como un mundo aparte: "todo nos aleja de él y no nos interesa y encanta sino el pasado" (Barros 11). El recuerdo y la obra propia, misteriosamente asociados aquí al plural femenino, se revela como verdadero y vasto horizonte escritural.

... y los cuerpos

Martina, la letrada que tanto valora a "los grandes hombres" (175) del "gran mundo y la política" (194), escribe, pues, sus *Recuerdos*, justificando y validando su inscripción en el universo simbólico que por su condición de género le es vetado o accesible tan solo parcialmente. Pero otras imágenes se proyectan en su escritura, y en una de ellas quiero detenerme, porque me parece que ayuda a afirmar ciertos trazos genealógicos, cierto diálogo del texto, habitualmente ignorado desde una perspectiva literaria, con la escritura de otras mujeres chilenas.

El 8 de diciembre de 1863 se produjo el incendio de la Iglesia de la Compañía de Jesús. Dos mil personas murieron en Santiago, la mayoría mujeres que asistían a la última ceremonia del mes de María. Martina, quien no fue testigo presencial del incendio porque ese día su madre prefirió "hacer visitas", cuenta con minuciosidad lo que ocurrió aquel día, cuando ella tenía 13 años. Con esta historia cierra el capítulo "Infancia", de sus *Recuerdos*. Cito:

... como entonces no había asientos para las mujeres en ninguna iglesia, sólo los hombres eran favorecidos con algunas sillas, nosotras teníamos que llevar una pequeña alfombra para sentarnos en ella y no sufrir tanto con el frío de los ladrillos. Estas alfombritas parece que enredaron a muchas de las víctimas de esta horrible catástrofe, y lo mismo que la amplitud y resistencia de los vestidos de las señoras, contribuyeron a inmolar a muchas en ese día de lúgubre memoria. (Barros 79)

Barros ocupa el plural, haciendo más cercano el relato, involucrándose con el destino de estas mujeres que no pudieron huir cuando "comenzaron a quemarse los tules" y se abalanzaron, "todas a un mismo tiempo", hacia la entrada:

se formó en ella una masa humana y una lucha entre las que desesperadamente querían huir de la hoguera y los que anhelaban entrar para salvar a los suyos. Se dijo entonces que los caballeros se libraron más fácilmente que las señoras porque, como estaban en el Presbiterio, salieron por la puerta de la sacristía y que las señoras, como no pueden subir a los presbiterios, no se les ocurrió hacer lo mismo. (79-80)

Ciertamente, aquí encontramos la manifestación visible de un orden social y político que acaba aniquilando a las mujeres, fueran ellas pobres o ricas. Mientras "ellas" intentan salir, "ellos" procuran entrar y rescatar a sus familias, pasaje que revela una dicotomía evidente en la construcción social del espacio. Pero no es este momento el que más me interesa. Hay algo que ocurre después del incendio. Cito *in extenso*:

el olor a carne quemada se expandió por todos los alrededores de la iglesia hasta hacerse insoportable; fueron

días horribles cuyo recuerdo, a pesar de los años, aún me enferma.

Como los cadáveres, en su camino al Cementerio, tenían que pasar frente a casa, mi mamá –que estaba, a pesar del carácter varonil, tan impresionada como todas– no permitió que se quedase ninguna ventana abierta y ordenó cerrar la puerta de la calle, en señal de duelo. Pero yo conseguí entreabrir un postigo y no puedo olvidar todavía aquel horrendo espectáculo de los carretones cargados de mujeres carbonizadas pero enteras, con la rigidez cadavérica y el espanto en el semblante y la actitud... (84)

Imagino a la niña Martina, observando por una rendija de aquel espacio al que su género y condición social la han confinado, lo que ocurre afuera, esos cuerpos macabros de otras mujeres, como ella, que aquí no son las mujeres piadosas atrapadas por sus vestidos demasiado anchos, ni las mujeres con nombre y apellido que circulan por los espacios de buena sociedad de Santiago, sino que son cuerpos, cuerpos quemados. La visión es traumática; funciona como una esquirola incrustada en las memorias republicanas de Barros, como subtexto de un texto mayor que nos habla con otras voces. Imposible negar la tragedia de unos cuerpos carbonizados, que estaban desde ya signados para la procreación y/o el sacrificio, cuyo relato tardío enriquece la galería de mujeres limitadas, amortajadas o convertidas en estampas, sobre las que escribirán, con una mirada contemporánea, narradoras como María Luisa Bombal y Marta Brunet, cristalizando en sus textos el conflicto de las mujeres, pero, de modo alguno, resolviéndolo.

Hay críticas que se han referido a esta mímica como una “doble visión” del texto de la mujer, o como un discurso de “doble voz”, en alusión a las ideas de dialogismo y heteroglosia bajtinianas, ideas que figuran en estudios señeros del llamado “segundo feminismo”, como los de Elaine Showalter (1985) o, en el caso del concepto de palimpsesto en tanto doble historia, de Gilbert y Gubar (1979). Estas concepciones, sin embargo, hoy son puestas en juicio por constituir generalizaciones que pasarían por alto otras relaciones de alteridad y subversión, vinculadas con la etnicidad y la posición social, entre otras. En un detallado estudio sobre el poder subversivo del silencio en la escritura de mujeres, Helene Carol Weldt-Basson propone una lectura más al día con los cuestionamientos que se hacen hoy al género como producción ideológica, vinculada también con el doblez, pero esta lectura, de la crítica británica Sara Mills, contempla no solo la doble voz o heteroglosia de los textos, sino también los posibles sentidos que pueden conferirle sus lectores específicos, involucrando los contextos de producción (autores reales e implícitos) y la recepción (lectores reales e implícitos); el significado emergería entre una variedad de sentidos posibles, de acuerdo con su lector específico, pudiendo transmitir así los textos una “afiliación feminista” (Mills, cit. en Weldt-Basson 25) o, en un sentido menos comprometido, una “orientación feminista”, como sugiere la propia Weldt-Basson. El fragmento sobre las muertas de la Compañía de Jesús es un ejemplo de ello, leído hoy, en el 2010. Los cuerpos de las muertas fulguran, apelándonos a través de una escritura que explicita el duelo, entendido éste, primariamente, como luto, pero también como vibración que anima la lucha. Su extraña aparición

quiebra el discurso; es una imagen ominosa, que pareciera emanar del inconsciente rasgando lo real, amenazando las representaciones patriarcales y revelando fisuras en el propio decir mimético de Barros. Con ello me refiero a que emula textos de tradición republicana, escritos por varones que exponen y fundamentan la lógica del progreso con la voz de quien ha participado en su desarrollo⁸, cuando el pasaje de las muertas se resuelve en el relato edificante de la creación del primer Cuerpo de Bomberos de Santiago. Aun así, esta mímica guarda, reserva al lector la violencia de los cuerpos camino al cementerio, escena que marca la despedida de la infancia y el ingreso de Barros a la vida social capitalina, en que adecuará su voz y su mirada, su mano que transcribe o pretende transcribir, a la de los intelectuales que trató en las tertulias hogareñas, representándose a sí misma como mujer "entre grandes hombres" (Barros 175).

Obras citadas

- Amícola, José. *Autobiografía como autofiguración. Estrategias discursivas del Yo y cuestiones de género*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo, 2007.
- Barros, Luis y Ximena Vergara. *El modo de ser aristocrático*. Santiago de Chile: Aconcagua, 1983.
- Barros de Orrego, Martina. *Recuerdos de mi vida*. Santiago de Chile: Orbe, 1945.
- Castillo, Alejandra. "Las aporías de un feminismo liberal: Martina Barros traductora de Stuart Mill". En: Barros, Martina. *Prólogo a La esclavitud de la mujer (Estudio crítico por Stuart Mill)*. Edición, notas y estudio preliminar de Alejandra Castillo. Santiago de Chile: Palinodia, 2009.
- Cruz, Pedro Nolasco. *Estudios sobre la literatura chilena*. Vol. II., Santiago de Chile: Nascimento, 1940.
- Felski, Rita. *Literature After Feminism*. Chicago and London: The University of Chicago Press, 2003.
- Gilbert, Sandra y Susan Gubar. *The Madwomen in the Attic. The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination*.
- Orrego, Amalia. "Augusto Orrego Luco: El hombre y la obra". En: Orrego Luco, Augusto. *Recuerdos de la Escuela*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1976.
- Smith, Sidonie. "El sujeto femenino en la escena crítica: la poética, la política y las prácticas autobiográficas". En: *El gran desafío: feminismos, autobiografía y postmodernidad*. Madrid: Megazul-Endymion, 1994.
- Showalter, Elaine. "Feminist Criticism in the Wilderness". En: *The New Feminist Criticism: Essays on Women, Literature, Theory*. Elaine Showalter Ed., New York: Pantheon, 1985. 243-70.

⁸ Pienso, particularmente, en textos como el de Pérez Rosales o el de Lastarria, que ella debió leer. El primero fue autor de la autobiografía chilena más conocida del siglo XIX, *Recuerdos del pasado* (1882), donde relata sus viajes a California, también a Europa como agente colonizador del sur de Chile. Por su parte, el político liberal José Victorino Lastarria escribió sus memorias literarias (*Recuerdos literarios*, 1878), cuya impronta se encuentra también en el afán de Martina por detallar sus encuentros, en tertulias y reuniones personales con intelectuales y políticos latinoamericanos y también europeos, durante su viaje a ese continente.

Weldt-Basson, Helen Carol. *Subversive Silences. Nonverbal Expression and Implicit Narrative Strategies in the Works of Latin American Women Writers*. Madison–Teaneck: Fairleigh Dickinson University Press, 2009.

Zanetti, Susana. "Carmen Arriagada, una lectora romántica". En: *La dorada garra de la lectura*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2002, 61-106.

